

LA CASA, CATEDRAL DEL HABITAR Y CASTILLO DE LA FORMACIÓN.

CÉSAR AUGUSTO CORREA RAMÍREZ

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA  
ESCUELA DE EDUCACIÓN Y PEDAGOGÍA  
FACULTAD DE EDUCACIÓN  
LICENCIATURA EN INGLÉS-ESPAÑOL  
MEDELLÍN  
2018

LA CASA, CATEDRAL DEL HABITAR Y CASTILLO DE LA FORMACIÓN

CÉSAR AUGUSTO CORREA RAMÍREZ

Trabajo de grado para optar por el título de Licenciado en Inglés-Español.

Asesor.

JUAN CARLOS RODAS MONTOYA.

Magíster en Educación

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA

ESCUELA DE EDUCACIÓN Y PEDAGOGÍA

FACULTAD DE EDUCACIÓN

LICENCIATURA EN INGLÉS-ESPAÑOL

MEDELLÍN

2018

A la paciencia de mi padre que a pesar de sus ya próximos 86 años, me leyó con mucho gusto y con sano escepticismo. Además quisiera dedicar este trabajo al grupo de Aquenarre, porque habitamos la universidad acompañado cada uno de su propio “espanto”, uno literario, que revive cada miércoles en ese lugar que adoptamos y domesticamos: Oasis. Y al profesor Juan Carlos Rodas quien supo brindarme su apoyo.

## Contenido.

<b>Introito.....</b>	<b>p.5</b>
<b>Justificación.....</b>	<b>p.6</b>
<b>La relación de la forma humana con lo construido.....</b>	<b>p.9</b>
<b>El mal de la tierra.....</b>	<b>p.11</b>
<b>La casa.....</b>	<b>p.14</b>
<b>Conclusiones.....</b>	<b>p.18</b>
<b>Bibliografía.....</b>	<b>p.19</b>

## **Resumen.**

A través de una apreciación histórica y literaria vemos cómo en el habitar hay una formación que explica nuestra identidad y la construcción de unos valores estéticos, éticos, sociales y hasta sentimentales en cuanto vivimos en la casa y que da cuenta de cómo hacemos de ella ese lugar para ser y llegar a ser.

**Palabras clave:** Habitar; formación; experiencia; el mal de la tierra.

## **La casa, catedral del habitar y castillo de la formación.**

### **Introito**

Posiblemente sólo entienda este libro quien ya haya pensado alguna vez por sí mismo los pensamientos que en él se expresan o pensamientos parecidos. No es, pues, un manual. Su objetivo quedaría alcanzado si procurara deleite a quien, comprendiéndolo, lo leyera.

Ludwig Wittgenstein (2010) P.47

Cito el prefacio del tratado lógico-filosófico de Ludwig Wittgenstein, porque pretendo que el lector de este ensayo, se encuentre con las mismas inquietudes, problemas y dudas por las que fui asaltado mientras leía sobre temas alusivos, mientras pensaba mi pregunta y especialmente en el trasegar de la escritura, donde superé la metamorfosis de esas primeras ideas que me impulsaron a escribir este artículo. Además, de que como bien lo dice Ludwig Wittgenstein, hallar un lector que pueda disfrutar la lectura y también reflejarse en ella.

Umberto Eco decía que le gustaban los lectores sacrificados, es decir aquellos a quienes les tocaba descifrar todas las maromas de la escritura, descifrar sus mapas, y que como Teseo en el laberinto de Creta, encontrar un hilo para poder escapar de él. Este escrito estaría negado para los lectores facilistas que quieren engullir de un solo bocado el manjar, sin esforzarse por investigar, consultar e inquietarse y así hallar el hilo que los lleve por los distintos pasajes a feliz término. Busco un lector, mas no supongo a quien me lee, es decir, no espero que quienes me lean sean aquellos académicos que levitan y que se esconden en torres marfil, como tampoco espero que quien me lea sea aquel torpe curioso que apenas puede leer porque está obnubilado en el mundo de las ideas. Quiero aquí a alguien, sin importar su condición, pero que le guste LEER y quiera LEER, ya que este trabajo es el pentagrama donde las notas son las diferentes obras y autores que leí y articulé con mi pensamiento para poder componer esta "obra musical".

Indudablemente que este artículo acapara en toda su extensión una temática relacionada con el habitar y cómo en este se haya la formación. Precisamente como es un artículo, no busco agotar el tema ni elaborar un tratado exhaustivo, sino que por el contrario sugiero e invito a los lectores a pensar en las diferentes posibilidades de la formación, que no es exclusiva de la escuela ni de la universidad, sino que va más allá en tanto sus espacios y las actividades que se desarrollan en ellos, es donde se posibilita la formación ya como el ejercicio para llegar a ser, como el espacio donde se es.

Quiero reiterar, que lo sustancial de este artículo radica en la lectura del habitar la casa y de cómo en ella se realiza una formación, es decir que quiero a través de las siguientes páginas exponer y evidenciar que en las vivencias del hogar hay un aprendizaje que nos construye y que a su vez nos hace en una buena manera, ser como somos.

### **Justificación:**

Basta con que nos remitamos a algunos pasajes de la historia para reconocer que la institución que hoy conocemos como “escuela”, es relativamente reciente; pues si nos adentramos más en el pasado, veremos cuán distinta era la idea que se tenía de ésta en comparación con la de ahora. Empecemos pues, por la etimología de la misma, σχολή (skholé), que significa “ocio”, “tiempo libre”, ya que para los griegos, este era un momento de esparcimiento, en el que el hombre se dedicaba a hacer lo que más le gustaba, a diferencia del trabajo, palabra que viene del latín *trimpalium* (Tres palos), que viene a ser como una crucifixión del hombre, con la que se torturaba a los esclavos. La naturaleza de estos dos términos nos remite a una categoría esencial, y que se divide en tres nociones: *el arte de vivir, el arte de vivir bien, y el arte de vivir mejor*. Si concatenamos los dos términos encontramos que esa escuela hace parte del arte de vivir bien y la potencia de vivir mejor, porque es el lugar donde el hombre se dedica a hacerse consigo mismo, o tal como lo entendían los propios griegos, para cultivar el espíritu. Luego, tenemos “el trabajo” que bien podríamos nominarlo como el “el arte de sobrevivir”, ya que nos habla precisamente no de una agonía, pero sí de un esfuerzo, tal vez inútil, puesto que el hombre reduce su existencia a algo efímero como es asegurarse el pan, una vivienda cálida y la medianía de un bienestar.

Al retomar la acepción de la escuela griega, notamos que no había un espacio específico para esta, sino que por el contrario todos eran válidos para la formación del hombre; nos sirve de ejemplo el caso de la contemplación del espacio sideral en las noches despejadas, donde se daba cabida a la imaginación y admiración del fenómeno cosmogónico que los llevó a la ciencia astronómica, hasta el punto que pudieron plantearse problemas tales como la rotación de los planetas, la conformación de las estrellas y aún el cálculo matemático del movimiento astronómico. De este simple ejemplo, vale decir que los mejores astrónomos no son los que se han formado en las grandes universidades, sino aquellos que han alcanzado los más altos conocimientos estelares, con la sencilla observación del firmamento, tales como Copérnico, Kepler, y Galileo.

Otro ejemplo muy dicente es el del gran orador Demóstenes, quién hizo de la playa, en las costas griegas, “su escuela de oratoria”, al corregir su gagueo en una hermosa competición con el rugir del mar y así logró alcanzar los más grandes éxitos en este campo, ya que no sólo subsanó su anormalidad, sino que adquirió un dominio total del discurso en el campo retórico, como también en el de la lógica y perfecta estructuración del discurso.

Un ejemplo más paradigmático en la edad moderna, es el del gran escritor Marcel Proust, quien a pesar de haber permanecido encerrado durante quince años en una alcoba, debido a su enfermedad respiratoria, compuso una de las obras prototipo de la novela y cuya narrativa es ejemplo para el mundo literario; sin embargo, uno tendría que preguntarse luego de haber leído *En busca del tiempo perdido*, ¿dónde carajo pudo haber asimilado tantos temas alusivos no sólo a su entorno, sino a espacios más universales que campean a todo lo largo y ancho de su obra, cuando estuvo privado durante tanto tiempo del coexistir con amigos, animales, paisajes, etcétera?.

Como corolario a lo escrito anteriormente es como se justifica el estudio de espacios distintos, no necesariamente supeditados a la escuela, sino que a la hora de la verdad, esta se halla en tantos sitios cuantos el hombre quiera habilitar para su transformación física, moral, espiritual e intelectual. Todo esto nos lleva a lo que pretendo expresar sobre el primer espacio de la vida en la formación del hombre, como es la casa.

\*

Para demostrar lo que pretendemos, quiero basarme en tres conceptos fundamentales, cuya raíz es el de formación, y que conlleva otros dos que son el de experiencia y el de habitar. Luego, por definición de formación vemos, que no hay formación sin experiencia y que no hay experiencia sin habitar, o sea vivir, porque en cuanto nos relacionamos con el mundo y con los otros, accedemos a las experiencias, y en tanto que tenemos experiencias podemos construirnos, en otras palabras formarnos, lo que se traduce, en palabras de Nietzsche, el devenir del ser.

Por formación usaré la definición que facilita Michel Fabre (2011):

La palabra alemana Bildung remite a imagen (Bild), modelo (Vorbild), imitación (Nachbild). Es una síntesis y, a la vez, una superación de Form (forma), de Kultur (cultura) y de Aufklärung (Ilustración). El origen de la Bildung se sitúa en la mística medieval en la que el hombre lleva en su alma la imagen (Bild) de Dios, a partir de la cual ha sido creado y la cual debe desarrollar. En el siglo XVIII, la idea de Bildung se separa progresivamente del antiguo concepto de forma exterior natural (una formación montañosa, un rostro bien formado) para espiritualizarse y asociarse a Kultur, bajo la influencia de Herder y de Wilhelm von Humboldt.

En la tradición del idealismo alemán, la Bildung tiende entonces a reencontrar —de manera enriquecida y renovada— su original significado místico. Esquemáticamente, la Bildung es trabajo sobre sí mismo, cultivo de los talentos para el perfeccionamiento propio. Ella apunta a hacer de la individualidad una totalidad armoniosa, lo más rica posible, totalidad que en cada uno permanece

vinculada a su estilo singular, a su originalidad. La Bildung es, pues, la vida en el sentido más elevado. P.216

No obstante, es muy acertado el pensamiento de Nietzsche cuando pone como subtítulo de su obra *Ecce homo*, ¡Cómo se llegar a ser el que se es!, puesto que de esto, finalmente se trata la formación, de llegar a ser el que verdaderamente se es, sin emulaciones. Y siguiendo el hilo de lo planteado atrás, esta formación se hace posible, gracias a la experiencia que defino tal como lo hace Jorge Larrosa en su obra: *La experiencia de la lectura* (2003).

La palabra experiencia viene del latín *experiri*, probar. La experiencia es en primer término un encuentro o una relación con algo que se experimenta, que se prueba. El radical es *periri*, que se encuentra también en *periculum*, peligro. La raíz indoeuropea es *per*, con la cual se relaciona primero la idea de travesía y, secundariamente, la idea de prueba. En griego hay numerosos derivados de esa raíz que marcan la travesía, el recorrido, el pasaje: *peirô*, atravesar; *pera*, más allá; *peraô*, pasar a través; *perainô*, ir hasta el final; *peras*, límite. Y en nuestras lenguas todavía hay una hermosa palabra que tiene ese *per* griego de la travesía: la palabra *peiratês*, pirata. El sujeto de la experiencia tiene algo de ese ser fascinante que se expone atravesando un espacio indeterminado y peligroso, poniéndose en él a prueba y buscando en él su oportunidad, su ocasión. La palabra experiencia tiene el *ex* del exterior, del extranjero, del exilio, de lo extraño, y también el *ex* de existencia, el pasaje de un ser que no tiene esencia o razón o fundamento, sino que simplemente *ex – iste* de una forma siempre singular, finita, inmanente, contingente. En alemán experiencia es *Erfahrung*, que tiene *fahren* de viajar. Y del antiguo altoalemán *fara* también deriva *Gefahr*, peligro y *gefährden*, poner en peligro. Tanto en las lenguas germánicas como en las latinas, la palabra experiencia contiene inseparablemente la dimensión de travesía y de peligro. P.95-96

Es por medio de la experiencia entonces, en la que tendremos la oportunidad de aprender, porque es en el acercarse a lo extraño, el aventurarse a lo desconocido, el exponerse al peligro y el emprender el viaje, ya que no es tan importante la llegada, cuanto las experiencias vividas en el trayecto, como se puede alcanzar la formación.

Entonces al tomar el término habitar, viene al caso traer a colación lo que piensa el existencialista Heidegger al respecto:

[...] el antiguo sajón "wuoan" y el gótico "wunian" significan, al igual que la antigua palabra **bauen**, el permanecer, el residir. Pero la palabra gótica "wunian" dice de un modo más claro cómo se experimenta este permanecer. "**Wunian**" significa: estar satisfecho (en paz); llevado a la paz, permanecer en ella. La palabra paz (**Friede**) significa lo libre, **das frye**, y **fry** significa: preservado de daño y amenaza; "preservado de...", es decir: cuidado. Freien (liberar) significa propiamente: cuidar. [...] Habitar, haber sido llevado a la paz, quiere decir: permanecer a buen recaudo, resguardado en lo **frye**, lo libre, es decir: en lo libre que cuida toda cosa llevándola a su esencia. **El rasgo fundamental del habitar es este cuidar (custodiar, velar**



**por).** Este rasgo atraviesa el habitar en toda su extensión. Así, dicha extensión nos muestra que pensamos que el ser del hombre descansa en el habitar y descansa en el sentido del residir de los mortales en la tierra. P.3

En cuanto al término habitar hallo una disertación tanto filosófica como filológica por parte del filósofo, y que al tratar de hacer en nuestra lengua romance tal disertación, encuentro que nuestro verbo habitar procede del latín **habitare**, un frecuentativo que traduce como “tener de manera reiterada”. Aunque el término habitar bien sea en el idioma alemán o en el español tienen unas raíces diferentes, conservo el significado filosófico del pensador alemán antes que el filológico, ya que el primero corresponde a la evolución semántica del concepto, en tanto que la esencia real de la palabra está más enfocada hacia el aspecto humano de quien habita un espacio. Es importante recordar que Heidegger en su texto *Construir, habitar y pensar*, valida aquello de que para el hombre es posible habitar el mundo porque habita el lenguaje.

### **La relación de la forma humana con lo construido.**

La ilustración del Vitrubio por Leonardo Davinci es un intento de solución a la aporía de la cuadratura del círculo, inspirado en los trabajos del arquitecto romano que da su nombre a este dibujo, con el que quiere demostrar que la figura y las proporciones del cuerpo humano resuelven dicho problema, si se toma como referencia el ombligo del hombre como centro para formar tanto el círculo (esta se forma en tanto las extremidades del hombre estén en posición uve), como el cuadrado ( esta con los pies extendidos, y los brazos alargados hacia los lados), para que así coincidan geoméricamente cuadrado y círculo en sus áreas. Por tanto, esta explicación está enmarcada dentro de la tradición griega, según la cual no se puede pensar la simetría de ningún espacio, si esta no está relacionada con la proporción del cuerpo humano.

Bien lo explica Richard Sennet en su obra *Carne y piedra (1994)* cuando escribe lo siguiente:

“Los atenienses establecían una analogía directa entre cuerpo y edificio. No es que construyeran edificios con forma de cabeza o de dedos, sino que se basaron en su concepción fisiológica del cuerpo para crear la forma urbana”.P.54

Luego en la medievalidad el mismo autor nos muestra que se recupera dicho principio:

Juan de Salisbury también relacionó la configuración del cuerpo humano con la de una ciudad: consideraba así el palacio o la catedral de la ciudad como su cabeza, el mercado central como su estómago, las casas como sus manos y sus pies. p. 26-27

Lo que nos lleva a confirmar que los espacios con sus edificaciones no se pensaban por fuera de la figura humana, sino que por el contrario era el cuerpo la medida esencial para la construcción de estos, y que una vez terminados seguían siendo espacios de construcción, no ya material, sino la construcción de los individuos que lo habitaban. Así lo concebían los griegos en edificaciones tan variadas como: el ágora, el Partenón, el gimnasio, el mercado, las puertas de la ciudad, etcétera; fue así como entonces lograron

conciliar los dos aspectos fundamentales reflejados en lo físico o sensible, con lo metafísico o suprasensible.

A su vez, la medievallidad y el renacimiento son un ejemplo clarísimo del pensamiento que aquí enmarcamos, entre la relación de la carne y la piedra, lo que los llevó, incluso, a convertir la anatomía humana en uno de sus grandes problemas, ya por aquello de que la "carne es perecedera"; sin embargo los movimientos artísticos y culturales de la época nos muestran todo lo contrario, un ensalzamiento al cuerpo y a sus sentidos de los que tanto renegaba la Iglesia, pues veía en ellos la tentación y el pecado del hombre. Es gracioso que ni si quiera estos últimos pudieron escapar del cuerpo, bien lo podemos demostrar con los goliardos, y como ejemplo alusivo cabe citar al poeta François Villon, entregado a todos los excesos goliardescos y de pillaje, valiéndose del protectorado del canónigo Saint-Benoît-le-Bétourné. Finalmente, todo esto nos demuestra la necesidad de la época por recuperar y reivindicar el cuerpo, del que no debemos separar lo sensible, y que si eliminamos este factor de comunión que hay entre espíritu y cuerpo, sólo conseguiremos los excesos que nos relata la historia de ese tiempo, ya que de alguna manera, lo que tantos artistas, filósofos, poetas y científicos quisieron comprobarnos, es que dicho cuerpo es la primera casa que habitamos, pues este es el que nos permite expresar nuestra existencia en este espacio llamado planeta tierra. No por nada, la religión lo expresa con aquello de que "el cuerpo debe ser templo del espíritu"; esto nos hace recordar las palabras que le dice Jesús a Pedro: "tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam", (tú eres piedra y sobre esa piedra edificaré mi Iglesia) Mateo 16:18, convirtiéndose esto, en una clara referencia a la comunión antes mencionada.

Todo lo anterior nos sirve de antesala para pensar los siguientes términos y las relaciones que hay entre ellos, no sólo en su semántica, sino sobre cómo estos operan en la realidad que tratamos de demostrar en este ensayo. Primero la relación que hay entre construcción y formación, porque para construir necesitamos pensar la forma, es decir que no sólo puede ser la figura geométrica que le da el orden a la materia, no a la idea de ésta como figura, sino a la idea de forma como modelo, y este modelo lo debemos comprender, como el ideal máximo de la vida, o dicho en otras palabras, la construcción del ser, para llegar a ser, puesto de esto finalmente se trata la formación; de manera que están íntimamente ligadas estas dos palabras, porque debemos comprenderlas y entrelazarlas, ya que la formación es una construcción que nos aproxima a ser y además a ser auténticos.

No está por demás afirmar que en la construcción o reconstrucción de la casa, como espacio físico, se encierra una formación en cuanto a una arquitectura que nos habla de la estética no sólo de su fachada y de su interior, sino de cómo están constituidos sus espacios y el orden de las cosas que hay en ella y que reflejan con precisión los modos de habitar del individuo; sin embargo, en la casa ya construida, hallamos los diferentes ejercicios del habitar, como lo es el ocio, el retiro, el descanso, el refugio, lo íntimo, etcétera, como el de una formación que nos otorga unos valores morales, sociales, cívicos, de pensamiento, de creencias y especialmente en la manera en que se concibe el mundo.

En segunda instancia, los vocablos habitar y vivir, abarcan una complejidad que nos obliga a referirnos a cada uno para no confundirlos como sinónimos exactos, ya que el término vivir entraña dentro sí el habitar, pero aún va más allá al expresar la existencia y fundamentalmente el ser. Si analizamos el término habitar, percibimos en él un significado más restringido que el de vivir, aunque de igual profundidad, que no de igual extensión, porque éste nos habla de la experiencia de vivir en un espacio, o en nuestro caso, la experiencia de habitar la casa y cómo en ese habitar, hay una formación apenas presentida.

### **El mal de la tierra**

Nosotros los habitantes de América Latina somos unos “malditos”, según rezaba la argucia propalada por el conquistador español para limitar los derechos de los nacidos en este continente; sin embargo esta consigna implicaba no sólo la justificación para impedirle habitar lo que por derecho le pertenecía sino una “enfermedad” que le impedía “ser” en el nuevo mundo. Y esta “maldición” se hace palpable a través de toda la historia de nuestro continente y la que nos ha enfrascado en una guerra perpetua por “domesticarnos” a esta tierra, es decir, poder habitarla, o en otras palabras integrarnos a ella.

Mucha tinta se ha gastado en el papel para documentar y relatar lo anterior; autores de la talla de Juan Rulfo hacen de este, un tema recurrente en sus obras, por ejemplo en su cuento, *Diles que no me maten*, distinguimos un problema de la convivencia por unos animales que lleva a pastar Juvencio a las tierras de Lupe Terreros, que propicia un duelo donde resulta asesinado este último.

En Ecuador, *Huasipungo*, de Jorge Icaza, que presenta las estrategias aplicadas por los terratenientes para explotar a los aborígenes y así luego quitarles sus tierras y en caso de que chistaran asesinarlos. Es muy particular un fragmento de esta obra en el que un sacerdote “vende la entrada al cielo” a través de las fosas más cercanas a la Iglesia y cómo las más lejanas tienen cierto olor a *azufre*.

En Perú, *El mundo es ancho y ajeno* de Ciro Alegría, retrata la ambición de un tiránico hacendado que además de apoderarse de las tierras de la comunidad Rumí, quería hacerlos sus esclavos. Se desencadena, entonces, un desplazamiento de estos a tierras inhóspitas e infértiles, o en el caso de algunos, emigrar a las ciudades donde tendrán finales fatídicos. Finalmente, levantándose en contra de quiénes los oprimen y quieren arrebatarles su “habitar”, son fulminados por las ametralladoras de la guardia civil.

En Argentina, *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes que pinta al campo argentino con una bastedad impresionante, y de cómo su protagonista se ve transformado por el habitar esas extensas llanuras para dejar de ser un guacho y convertirse en un gaucho.

En Colombia, con autores como Eduardo Caballero Calderón en su obra *Siervo sin tierra*, donde el protagonista Siervo Joya después de un largo e infructuoso trasegar, vislumbra con un gran esfuerzo esa *tierrita* que desde el inicio de la novela le hacía falta, ¿cómo habitar el mundo si no se tiene un lugar al cual pertenecer, un sitio para darle descanso a tantas penas?

José Eustasio Rivera, con *La Vorágine* (2015), donde nos muestra cómo el domesticado es el hombre, *preso en la cárcel verde por un hado maligno*.

[...] la catedral de la pesadumbre, donde dioses desconocidos hablan a media voz, en el idioma de los murmullos, prometiendo longevidad a los árboles imponentes, contemporáneos del paraíso, que eran ya decanos cuando las primeras tribus aparecieron y esperan impasibles el hundimiento de los siglos venturos. P.133

Manuel Mejía Vallejo, con su novela, *La tierra éramos nosotros*, nos narra la historia de quienes no pueden ser un “real campesino”, uno porque no se puede ir y el otro porque se ve obligado a regresar, estableciéndose aquí una paradoja sobre la manera de habitar de ambos, siempre añorando escapar de su geografía a lugares apenas presentidos, que prometen belleza a través de un progreso fermentado.

Hemos traído a colación las anteriores obras de las muchas que se han escrito en América Latina y que dibujan excelentemente todas las formas del habitar con los condicionamientos a que se ha visto abocado el pueblo latinoamericano, bien sea desde el despojo al que ha sido sometido por el terrateniente, al violento convivir con su igual, al destierro por colonos extranjeros para apoderarse de las riquezas de la tierra, y aún más aberrante que sea el propio Estado el que se convierta en el contendor y enemigo número uno para desterrarlo de su habitar.

En el caso de Don Segundo Sombra que tiene que enfrentarse a la bastedad de la tierra para doblegarla en franca lid. En siervo sin tierra, la lucha del hombre para hacerse a un lugar del que pueda ser parte, que pueda ser suyo y fundamentalmente con el que pueda identificarse. En *La Vorágine*, el hombre derrotado por el espacio selvático y que termina finalmente devorándolo, y en *La tierra éramos nosotros*, de Manuel Mejía Vallejo, donde hace visible aquello que enuncia Kavafis en su poema “La ciudad”, porque a donde quiera que el individuo vaya hallará siempre la misma ciudad, las mismas calles y sus mismas gentes...

Entonces el espacio se vuelve una excusa para poder narrarnos y contarnos, para muestra un botón, quítesele a cualquier historia el espacio donde esta se desarrolla y se verá brutalmente afectada, ya que el lugar donde se dan los hechos es fundamental no sólo para “ser”, en este caso de los personajes, sino de todas las características físicas y mentales que los embargan; porque no es lo mismo narrar una historia que se desenvuelva en Medellín, a una que trascurra en Roma, puesto que la información que nos brinda el espacio geográfico en que están, ya nos habla de una forma, otra vez de “ser” y de lo que me ocupa en este trabajo, de cómo ese “habitar” forma.

Con el problema que hemos planteado aquí desde la literatura, no hemos pretendido otra cosa distinta que la de mostrar cómo hemos aprendido a habitar la tierra en Latinoamérica, no por nada hemos titulado este aparte como el mal de la tierra, pues da cuenta que aquí hemos aprendido a vivir a través de permanentes luchas por la tenencia de cada territorio y sin duda también explica nuestras formas de habitar, a la buena o a la mala y cómo ha ido formando en nosotros un carácter único y que bien se podría expresar a través del pensamiento hegeliano del “espíritu de los pueblos”, que no es otra cosa que

la cantidad de virtudes y de vicios que aprenden los locales de determinado espacio geográfico y que explica en cierta medida su idiosincrasia, su carácter y especialmente su forma de ser.

En uno de los poemas del lírico de la raza Jorge Robledo Ortiz (s.f.), encontramos la máxima expresión de lo antedicho, porque la forma de habitar del antioqueño era la de la libertad y la de la altivez de su geografía. Basta con citar el siguiente poema, para comprobar lo anterior y que, a su vez, nos recuerda que de esta manera de habitar, ya no se forman las actuales generaciones.

### **Siquiera se murieron los abuelos.**

Hubo una Antioquia grande y altanera  
Un pueblo de hombres libres.  
Una raza que odiaba las cadenas  
Y en las noches de sílex,  
Ahorcaba los luceros y las penas  
De las cuerdas de un tiple.

Siquiera se murieron los abuelos  
Sin ver cómo se mellan los perfiles.  
Hubo una Antioquia sin genuflexiones,  
Sin fondos ni declives.  
Una raza con alma de bandera,  
Y grito de clarines.  
Un pueblo que miraba a las estrellas  
Buscando sus raíces...

Siquiera se murieron los abuelos  
Sin ver cómo afemina la molicie.  
Hubo una Antioquia en que las charreteras  
Brillaban menos que los paladines.  
Una tierra en que el canto de la cuna  
Adormecía también los fusiles.  
Una raza con sangre entre las venas  
Pero sin sangre niña en los botines.

Siquiera se murieron los abuelos  
Sin ver los cascos sobre los jazmines.  
Hubo una Antioquia en que las hachas eran  
Blasones de la estirpe.  
Una tierra de granos y espigas,  
De cantos y repiques.  
Una Antioquia de azules madrugadas  
Y tardes apacibles.

Siquiera se murieron los abuelos  
Sin sospechar del vergonzoso eclipse.

Hubo una Antioquia en que la Cruz de Cristo  
Llenaba el corazón de los humildes,  
Una tierra en que el pan era sin llanto,  
Y el calor de hogar sin cicatrices.

Siquiera se murieron los abuelos  
Frente a la dulce paz de los trapiches.  
Hubo una Antioquia donde la esperanza  
Medía su estatura en las raíces.  
Una raza de hombres que ignoraban  
La blanda sumisión de los rediles.  
Un pueblo de Patriarcas  
Con poder en la voz, no en los fusiles.

Siquiera se murieron los abuelos  
Sin ver la omnipotencia de los alfiles.  
Hubo una Antioquia de mineros fuertes,  
De arrieros invencibles,  
De músculos que alzaban el futuro  
Como vara de mimbre.  
Una raza enfrentada a la montaña  
Con tesón de arrecife.

Siquiera se murieron los abuelos  
Sin la sensualidad de los cojines.  
Hubo una Antioquia donde la alegría  
Retozaba en los ojos infantiles.  
Un pueblo que creía en las campanas  
De las torres humildes,  
Y respetaba el grito de la sangre  
Y la virginidad de los aljibes.

Siquiera se murieron los abuelos  
Creando en la blancura de los cisnes.  
Hubo una Antioquia de himnos verticales,  
De azadas y clarines.  
Un pueblo que veía en las estrellas  
Dorados espolines,  
Y le rezaba a Dios, mientras la luna  
Templaba la nostalgia de los tiples.

Siquiera se murieron los abuelos  
Con esa muerte elemental y simple. P.9

### **La casa.**

La casa, ese espacio elemental donde lo cotidiano se torna místico, ya por lo que entrañan las prácticas del descanso y del retiro, ya por lo que significa sobrecogerse en la

familia, ya por el distanciamiento que esta nos otorga no por el alejamiento en sí, sino por el apartamiento que genera del mundo exterior, de las inclemencias del tiempo, los animales, las personas y aun del apartamiento del interior.

Borges nos habla del libro como una extensión de la memoria y la imaginación, del telescopio y el microscopio como extensiones de la vista, del teléfono como extensión de la voz y del arado y la espada como extensiones de su brazo, de manera que cabe preguntarnos: ¿la casa viene a ser la extensión de qué? A lo cual respondemos, la casa es el museo de la ensoñación, la extensión del alma, el lugar donde se ejercita la imaginación, porque es allí donde se forjan los anhelos, los sueños, los deseos, en fin, las metas; si bien esto denota un asunto de la proyección, más importante aún de dicho lugar es donde se retrae para “ser” y “ser” en toda su extensión. Este retraer no sólo debemos entenderlo como el volver a un lugar, sino como el regresar a la memoria, a la imaginación, es decir, recuperar lo perdido, aunque sea en la ensoñación. Tal como lo expresa bellamente Gastón Bachelard en su *Poética del espacio* (1997) “Evocando los recuerdos de la casa, sumamos valores de ensueño; no somos nunca verdaderos historiadores, somos siempre un poco poetas y nuestra emoción tal vez sólo traduzca la poesía perdida”. P.36 /60

A pesar de que suene un poco tautológico, al ser la casa el espacio por antonomasia de la ensoñación, nos transforma en poetas, no porque seamos capaces de escribir en versos alejandrinos, sino porque inspira en nosotros imágenes y una estética no sólo del recuerdo, sino de la experiencia de la vida y de cómo esas pequeñas cosas, como la figura de la ventana y la luz de la lámparilla que se filtra por ella, entraña en el habitante de dicho lugar, una conmoción tal y tan inefable que sobran las palabras.

El siguiente poema de Fernando Henao del Río (2009) enmarca todo lo dicho anteriormente:

### **De los lugares propios**

Esta es mi casa, largamente vivida,  
estática en el sopor de las tardes,  
entregada por completo al letargo del calor  
como un lagarto bajo el sol.  
El tiempo tumbado sobre los muebles,  
los cuadros con la esencia inmemorial de su madera  
colgados del recuerdo;  
el corredor y su memoria antiquísima,  
las lámparas que penden del techo  
como pájaros trasegados al borde de la noche.  
De pronto, me enfrento al espejo y ahí estoy,

pero no soy el que buscaba.  
Sigo caminando penumbra adentro y  
las cucarachas me abren paso  
como si se lo abrieran a la más grande de ellas.  
Las sillas del comedor listas para la soledad,  
los cubiertos abandonados a la deriva de los platos.  
Un aguacero insiste golpeando en el tejado  
por el que, inexorablemente, anocheciendo vienen  
los oscuros maullidos de los trasnochados gatos  
y en la esencia de las pequeñas cosas  
habita un secreto que no sé aún  
si es sueño o memoria.  
Algo gira inquieto en la cocina  
e irrumpe en las habitaciones, pero no soy yo;  
ni mucho menos aquel que en el espejo buscaba.  
Sigo solo como el mantel en la mesa,  
como la triste e infatigable mecedora  
que mece y mece a nadie  
y meciendo a nadie insiste en envejecer.  
(Ahora pueden ver cómo las casas viejas  
no las hacen los arquitectos sino el tiempo)  
Entonces, de pronto,  
las baldosas tosen y las paredes murmuran  
y es un alivio sentirse acompañado. Sic. P. 269- 270

Ahora, son muchas las canciones que con sus letras memoriosas nos hablan de cómo habitamos ese lugar que llamamos casa. Empecemos pues, por recordar aquel tango, *Cuartito azul*, en la voz de Ignacio Corsini donde habla de su habitación en la casa en que pasó su niñez y juventud, fíjese antes lo indistintos que se hacen en nuestra lengua los verbos vivir y habitar, por supuesto desde un aspecto semántico y etimológico, ya que no preguntamos: ¿dónde habitas?, sino ¿dónde vives?, porque tal como lo expresa Ivan Illich (1978) *habitar es la huella de la vida*. P.33



Se hace necesario que recordemos otro término esencial para hablar no solamente de la casa, sino de la comunión del hombre con ella y es la palabra hogar, vocablo que en esencia significa aquel espacio de la casa donde está la armonía del fuego que alimenta y brinda abrigo a todos, pues es alrededor del fuego donde se reúne la familia (Espietía, en torno al hogar). El caso del fogón antioqueño es muy significativo, ya que la familia al reunirse alrededor de él, ventilaban allí toda clase de acontecimientos bien sea íntimos y trascendentes, lo mismo que aquellos simples e intrascendentes, pero que de todas maneras atañían a todos y cada uno de ellos. Y así se formaban las relaciones de poder, abuelo, padre, hijo, nieto, etcétera. Otro asunto particular que se daba en torno al fogón era el momento de narrar historias que abarcaban fábulas, apólogos, mitos, leyendas y demás tradiciones orales que contaban los mayores para formar en los jóvenes todas las virtudes ancestrales, como el respeto, la obediencia, el trabajo duro, la responsabilidad y la gratitud. Todo esto lo encontramos en historias tan representativas como la de *Sebastián de las gracias*

Leyenda cantada y contada al son del tiple, en versos romances, bajo el suspenso de la noche, iluminándose con el resplandor llameante del fogón campesino. El narrador afinaba la voz y el entusiasmo con unas cuantas copas de aguardiente. No hay nadie del país antioqueño, que no encuentre en *Sebastián de las Gracias* algo que le pertenece, de su tradición y de su cultura. Se trata de una joya ancestral que todo heredero debe conocer y amar. (Valencia, 1996, p.49)

Es muy significativo hablar aquí de la formación del gusto, porque es en la cocina y no en otro lugar, donde aprendemos y educamos el gusto por las distintas clases de alimentos que generalmente estaban enmarcados en las costumbres familiares y que de esta manera se proyectaban de padres a hijos. Como ejemplo de esto, nos sirve el libro del antropólogo e historiador de Antioquia, Julián Estrada en su obra *Fogón antioqueño* donde explica el origen de los diferentes platos de la mesa antioqueña donde demuestra no sólo su naturaleza, sino también el porqué de estos gustos y del porqué comemos tales platos antes que otros.

Enfoquémonos ahora en la sala, espacio que recrea virtualmente el ágora griega, pues este lugar revive todas las condiciones de la democracia, porque es allí donde se dan todas las discusiones necesarias frente a diversos temas que corresponden a las decisiones que tomará la familia, y que a diferencia de la cocina que mencionábamos antes, en la cocina, los hijos y nietos hablaban al padre o el abuelo de la cantidad de cosas que los abrumaban y que éste, al ser un hombre de experiencia resolvía con sabiduría salomónica. Ciertamente es, que la sala no sólo es el sitio indicado para revivir la democracia, sino que es el lugar donde se recibe y acoge al visitante, pero también donde se reconviene a los hijos, donde aprenden de sus derechos y especialmente donde se les transmite todos los valores sociales en cuanto a deberes, obligaciones, responsabilidades y principios que rigen no sólo el entorno familiar, sino la sociedad en general.

Pensemos en lugares específicos del hogar y que son para cada quien la imagen de su máximo ideal, habitaciones que se arropan como la biblioteca que tiene todo el archivo intelectual; la sala donde está el piano que traduce en melodías todas las sensaciones del alma; el salón de estudio del escritor que pone en cada palabra la crispación más exaltada, el cansancio más infernal como el afecto más consolador o el taller del pintor

que tiene al mundo en su pincel. Todos estos ejemplos tienen como común denominador la facultad de la creación, y que además de crear una obra de arte, está construyendo también a su artífice, es decir son productos de su ingenio lo que lo lleva a ser.

El que estos espacios sean parte de la casa se debe precisamente a esa intimidad del ser, porque conllevaban algo tan profundo y propio, que sólo es a través de la casa que este se puede realizar. Fijémonos que en la medievalidad se tenía que acudir a la casa del carpintero para formarse en ebanistería, a la casa del joyero en orfebrería, a la casa del peletero en curtiduría, etcétera. Traigamos a colación el caso de Benvenuto Cellini como un destacado aprendiz de los maestros Miguel Ángel y Rafael que vivió en las casas de sus maestros donde alcanzó la cúspide artística en la escultura y la orfebrería y que más tarde recibiría el mecenazgo de príncipes y de pontífices y que perdura en la historia del arte como uno de los grandes renacentistas de su época.

En fin, todo lo planteado hasta ahora nos demuestra con creces que en el habitar de la casa se producen unas formaciones que corresponden no sólo a las costumbres, a la tradición y al aprendizajes de unos modales, sino también a la construcción de unas virtudes, artísticas y académicas de quien habita la casa. Sobra decir, que efectivamente en el habitar mora también la formación.

### **Conclusiones.**

Considero que el trabajo de cualquier intelectual o académico, es del aportar preguntas valederas que resignifiquen no sólo la existencia, sino el porvenir del hombre; en mi caso busqué destacar la formación, una apenas presentida, como la que se da en el hogar, pareciera que la escuela se ha adueñado de dicho concepto y lo ha legitimado únicamente, siempre y cuando sea bajo las cuatro paredes del salón, o bajo la tinta del rector que firma el título universitario. En otras palabras he conseguido presentar al lector que el habitar la casa no es simplemente vivir en ella, sino que detrás de esas paredes y las personas que conviven allí, hay todo un legado estético, histórico, social y ético que nos transforma o deforma, pero que permea de todas maneras todo el ser, si se me permite, hasta lo más íntimo.

Antes que ofrecer una respuesta, quiero dejar preguntas, que estimulen a otros, que como yo, siguen buscando la formación. Vale la pena entonces invitar a los lectores, para que fijen su mirada en otras alternativas del concepto que atraviesa este ensayo y piensen y hagan valedero aquello de que se llega a ser no solamente en la universidad ni en la escuela, sino en cuantos espacios y lugares habite el hombre, para su transformación en todos los ámbitos.

### **Bibliografía.**

- Sennett, R. (1994) *Carne y Piedra*. Traducción de César Vidal, Madrid: Alianza editorial.
- Bachelard, G. (1997). *La poética del espacio*. Traducción de Ernestina de Champourcin, México: Fondo de Cultura Económico.
- Fabre, M. (2011) Experiencia y formación: la Bildung. *Revista Educación y Pedagogía*, 23 (59), 215-225.
- Heidegger, M. (1994) *Construir, habitar y pensar*. Traducción de Eustaquio Barjau, En conferencias y artículos, Serbal, Barcelona.
- Henoa, F. (2009) De los lugares propios. *Escritos*, 17 (38), 269-270.
- Illich, I. (2014) *El mensaje de la choza de Gandhi y otros textos*. México: editorial de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.
- Larrosa, J (2003) *La experiencia de la lectura*, México: Fondo de Cultura Económico.
- Rivera, E. (2015) *La vorágine*. [Libro electrónico]. Bogotá: Biblioteca Básica de Cultura Colombiana.
- Robledo, J. (Sin fecha) *Poemas de Jorge Robledo Ortiz*. Medellín: Editorial Bedout.
- Valencia, J. (1996) Las raíces hondas de "Sebastián de las Gracias". *Aleph*, 99, octubre/diciembre, pp. 49-53.
- Wittgenstein, L. (2010) *Tractatus logico-philosophicus*. Madrid: Alianza editorial.